

## **POESÍA, MINUTO y COMUNICACIÓN**

*Exposición del profesor Sergio Román Armendáriz, en la sesión final del año 2008 celebrada por la Asamblea de la Escuela de Ciencias de la Comunicación Colectiva, UCR, el 10 de diciembre del año 2008*

### ***Acerca de la poesía y del minuto y de otros elementos a tomar en cuenta en la enseñanza orientada al oficio de producir mensajes breves de comunicación verbal, verbo-icónica y audiovisual***

*(Versión revisada por el autor)*

“Señora Directora de la Escuela, colegas:

Agradezco a las personas que integran la Asamblea de la Escuela de Ciencias de la Comunicación por el honor del *emeritazgo*. Gracias a la profesora Kattia Pierre por sus generosas palabras. Deseo en esta ocasión compartir algo de mi experiencia docente en nuestra Escuela en el ámbito de la producción de los mensajes breves. Empezaré mencionando el valor pedagógico de la poesía en la formación del oficio. Esto lo sabe nuestro colega Anwar que es profesor de la Escuela y poeta.

Me parece que parte del secreto de la pedagogía de la Comunicación pasa por la poesía, no tanto para competir con los estudiosos de filología y literatura sino porque la poesía es concentración, ritmo y sugerencia. O sea, la palabra, en el poema, adquiere una potencia extraordinaria, se convierte en imagen. Su ritmo afina nuestros oídos. Su capacidad de sugerencia nos estimula. Quien estudie y aspire a ejercer el oficio de la comunicación, entre otros ejercicios, debe leer poesía periódicamente. La poesía debe estar muy cerca de su sangre y de su respiración.

A veces suena raro que en una clase de nuestra escuela, uno diga algún poema, pero de pronto se siente que esa potenciación y ritmo y capacidad de sugerencia que adquiere la palabra en el poema, es lo que uno quisiera trasladar al mensaje que está construyendo. Es útil trabajar la poesía, no sólo como un fenómeno estético sino como un elemento pedagógico.

Bécquer decía que “mientras exista una mujer hermosa”, diríamos mejor, “mientras exista una persona hermosa, habrá poesía”. Décadas después, se dijo algo que me parece más apropiado, y que se atribuye a Reyes Carbonell: “mientras exista la metáfora..., (y tomemos la metáfora como manifestación de la poesía...) el universo no terminará de crearse”. O sea, vivimos un universo, vivimos un tiempo y un espacio determinados, pero la poesía es capaz de transustanciarlos y crear nuevos mundos con la palabra y con la imagen.

Nuestro oficio es un oficio de palabras, es un oficio de imágenes. Palabras e imágenes que están fijas o en secuencia. Y palabras e imágenes son herramientas de la poesía. De allí, su interacción.

La Escuela debe atender el afinamiento del oficio cuyos elementos constitutivos son los materiales, las herramientas y las técnicas. Hay materiales: el carpintero tiene la madera; hay instrumentos: el carpintero tiene el martillo; hay técnicas: el carpintero sabe cómo clavar y formar

la mesa. Los materiales de nuestro oficio están constituidos por la realidad exterior e íntima. Las herramientas son las palabras y las imágenes. En la Biblia se habla de imagen y semejanza. Y las técnicas nos remiten a la manera de estructurar, en mensajes, esas palabras y esas imágenes alrededor de una idea central.

Pertenecemos a la estirpe de Adán. Pero, ¿cuál era el oficio de Adán? Lo que Adán hace es bautizar, pero ¿qué bautiza? Bautiza las diferencias. Y esto es fundamental cuando se construye el poema, cuando se construye el mensaje porque buscamos utilizar la única palabra y la única imagen que sean matemáticamente posibles en un momento dado.

El otro día, (he citado esto algunas veces porque me parece especialmente curioso y eufónico, y lo cito con respeto porque es un proceso humano digno de estudio) pasaba por acá y escuché que alguien le decía a otro joven: “-¡qué mae más mae ese mae, mae!”. Yo casi contesto: “- tuanis, mae”. (Pero no se referían a mí).

Por supuesto, en el idioma hay pisos, a manera de un edificio. Cada piso abre pequeños pisitos. Está el “profesional”, en este caso, el nuestro; el “coloquial”, ilustrado por el popular “mae”; el “universal”, porque en castellano decimos “ternura” aquí, igual que en México o en España, etc. “Llegué soplado” es una metáfora coloquial tica, pero “llegué rápidamente”, es un giro universal. La pedagogía de la comunicación debe modular los diferentes pisos del idioma. No tengo nada contra el “mae” (es un poema coloquial de matices)... pero un comunicador o una comunicadora no se puede quedar en ese piso coloquial, y no por una cuestión académica, sino por una cuestión política, porque el poder se ejerce por medio de las palabras y las imágenes procedentes de todos y cada uno de los pisos del idioma y de la iconografía.

También el proceso de la educación debe tomar en cuenta las palabras con las cuales expresamos los conceptos. Palabras compartidas entre estudiantes y profesores y profesoras. En el programa de cada asignatura, será útil insertar un colofón donde el profesor o la profesora manifieste: “Yo me propongo, como un objetivo meta, que mis estudiantes capitalicen diez, veinte, treinta palabras, etc. a lo largo del semestre”. Creo que esto ayudaría a constituir una buena bolsa de valores léxicos, semánticos, que, a la larga, son los mecanismos que Dios, o la naturaleza, o la comunidad nos han proporcionado para captar el mundo y sus diferencias. Así es nuestra especie. Este debe ser un punto de reflexión mientras preparamos el programa y luego cuando lo desarrollemos.

Alguna vez, un poco jugando y otro poco en serio, dije que para la directora o el director de la Escuela, no sería tan complicado comentarle al colega cuando le presente el programa de su asignatura: “- Mirá, ¿cómo está la cuestión idiomática?” Algo podemos hacer en las clases para ampliar el léxico de alumnos y alumnas. Y la otra pregunta sería “- ¿Con qué apoyos didácticos has pensado comunicar los contenidos de tu programa?”.

El maestro Daniel Prieto apunta que el mensaje no es sólo el *qué*, no es sólo lo ideológico, es también lo estilístico, el *cómo*. *Qué* y *cómo* establecen una dialéctica. Pero, para efectos prácticos, pedagógicos, sí tendríamos que separar el *qué* y el *cómo*.

A Truman Capote, autor de *A sangre fría*, título de avanzada que contribuyó a disolver la frontera entre periodismo y literatura (esa zona estrecha y dudosa que es tan excitante trabajar), se le atribuye la anécdota de un joven que le consulta:

-“Señor, yo quiero ser escritor y usted es famoso. ¿Qué me aconseja?

Entonces, Truman Capote le envía a visitar al dentista.

-“¿El dentista? ¿Qué tiene que ver el dentista con mi afán de ser escritor?

- “Es que el dentista, le responde Capote, es el único profesional que nos tiene con la boca abierta.

-“¿Con la boca abierta?... sigo sin entender.

-“¿Qué hace usted cuando está con la boca abierta?

-“Pues... no hablo.

-“Eso es. No habla, pero escucha y observa.”

La enseñanza de la comunicación debe tratar de despertar la curiosidad y la facultad de escuchar y observar. Luego, las técnicas se van desenvolviendo. Hay una técnica útil para producir mensajes breves: “el uno, dos, tres”. Por allí circuló el siguiente mensaje de salud: “Este niño tiene la sonrisa del papá, la mirada de la mamá, y... ¡un riñón transplantado!”. La frase avanza, pero en un momento dado, la frase regresa como una especie de vuelta de escorpión. O sea, el retorno de la frase realmente electriza, comunica. “El uno, dos, tres”, pero no infinitos, sino con este volver de púa o aguijón. No podríamos decir “tiene la sonrisa de papá, tiene la mirada de mamá, tiene el caminar del abuelito, etc.”, porque allí ya no hay gracia. Resumen: avanzas, das un paso, das el otro y vuelves. Y creas el efecto.

O, a veces, el contraste directo, al igual que en el box. En el año mil novecientos sesenta y seis, la campaña electoral de don Daniel Oduber sacó un lema muy frondoso que decía “Yo también voy con él, con Daniel, etc.”. Parecía que el país estaba tomado por lo verde y lo blanco de ese partido. Pero de repente salió la oposición con su respuesta: “Yo, ¡no!”, modelo de *contralema*.

Hay que observar la vida cotidiana donde la comunicación es también lucha, es pugna. Me encanta el box, para mí, el poeta del deporte es el boxeador: sabe exactamente cómo sostenerse, cómo con un golpe seco derribar doscientos kilos. Prodigioso y digno de estudio.

Hay un poema de Pierre Louys quien inventó a *Bilitis*, la supuesta rival de *Safo*. Su libro se llama *Las canciones de Bilitis* y en él, el poeta habla por medio de ella. Quiero citar una estancia del libro mencionado que aplica la técnica del “uno, dos, tres”:

*“El primero era tan poderoso que me obsequió una ciudad con sus terrazas y con sus esclavos. El segundo era tan bello que su propia madre se sonrojaba cuando lo besaba. El tercero era poeta y*

*creó para mí metáforas imposibles. Pero a ti, que no eres poeta, ni eres bello, ni eres poderoso, a ti te amo”.*

¿Ven ustedes los tres pasos y el regreso, la vuelta de escorpión? Con esto quiero indicar que en todas partes está la lección de la comunicación breve. ¿Por qué? Porque la comunicación fue la energía que nos volvió especie.

En *La humanización del mono por el trabajo*, Engels, poeta al fin más que filósofo, señala que en un momento de la evolución, nuestros ancestros y nuestras *ancestras* tuvieron la necesidad de decirse algo. Y ese decirse no era para imponer sino para compartir, para sobrevivir solidariamente. Y “este compartir” llevado a la educación actual, no necesita de muchísimas páginas sino de ejercicios mínimos y constantes pues, de la impresión que la vida graba en cada persona, saltará con naturalidad la expresión comunicativa.

De allí que insista en el trabajo escolar con la técnica del *cineminuto*, o sea, historias completas contadas, cada una, en sesenta segundos. Útil será llevar una bitácora o un *blog electrónico*, con anotaciones libres o con un párrafo que resuma lo característico del día sin perder de vista el valor precioso del minuto (equivalente a una cuartilla), lo cual facilitará además el trabajo de corrección cuyo principal fin es la reorientación en el cultivo de las destrezas de la escritura con palabras e imágenes. Por eso, insustituible será siempre la guía del profesor o de la profesora.

Pienso en la producción audiovisual, por ejemplo. Si cada estudiante va a realizar un trabajo de treinta minutos, si son diez estudiantes, caramba, son trescientos minutos... Puede llegar a tres mil, o más, y “- ¿en qué momento yo reviso eso?” En qué momento reoriento, porque después de todo se trata de una escritura, una escritura tanto o más complicada que la escritura con palabras. Porque la escritura con palabras, en el caso de los mensajes breves, es aritmética. O sea, a un sustantivo yo le sumo el adjetivo, y digo “niño triste”, sustantivo y adjetivo, pero a ese niño yo le puedo añadir profundidad de campo, en el caso de las imágenes, así, si le pongo en el fondo tarros con basura, ese niño será mucho más triste que si le pongo rosas. Entonces, para mí, la imagen se vuelve algebraica: no es  $2+2=4$  como en la aritmética que es sustantivo más adjetivo, sino que es  $A+B=AB$  y  $AB$  puede ser todo o nada o menos cuatro. En fin, pedagogía de la comunicación con la poesía de las palabras y las imágenes.

Por eso predico a favor de los ejercicios constantes de una cuartilla o de un minuto, para que el profesor o la profesora tengan tiempo para apreciar cada giro o cada instante de esos ejercicios y, al detectar lo corregible, puedan reorientar cada práctica escolar hacia la rima entre soluciones técnicas e idea central y contexto, o, entre ideología y estilo.

A propósito, decía Kipling, al final de su poema: “If”: “Si eres capaz de llenar el minuto con el valor exacto de sus sesenta segundos, tuya será la Tierra y tuyos serán sus frutos, ¡hija mía!, ¡hijo mío!”.

Gracias”,

Ciudad Universitaria, U.C.R., 10 de diciembre, 2008

Documento descargado de: <http://www.sergioroman.co.cr/>